

Ricardo Hurtado Simó, *El ocaso del optimismo: de Leibniz a Hamacher. Debates tras el terremoto de Lisboa de 1755* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2016)

Manuel Carbajosa Aguilera

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla
manuelcarbajosa@hotmail.com

A poco que se interese uno por la historia del suroeste de la península ibérica resulta inevitable la mención al terremoto de Lisboa a la hora de abordar el estudio del siglo de las Luces. El libro que comentamos de Ricardo Hurtado es una invitación a ahondar en este suceso.

La obra se estructura en un prólogo de Gemma Vicente Arregui, una introducción y tres partes: la primera se dedica a describir las consecuencias sísmicas del terremoto; la segunda aborda el debate que se suscita a raíz de la quiebra de algunas certezas sobre las que se asentaba hasta entonces el estado de las ideas en el siglo XVIII, grietas por donde se iban a filtrar la incertidumbre y sus abismos; y la tercera alude a las reflexiones contemporáneas que sigue inspirando el seísmo de 1755.

En la primera parte, Ricardo Hurtado describe los efectos del terremoto, relatando lo acontecido durante aquella trágica jornada y subrayando la decisiva intervención de un personaje esencial en la vida política portuguesa de entonces, personado en el centro de Lisboa la misma tarde de la catástrofe: Sebastião José de Carvalho e Melo, marqués de Pombal¹.

1. Vid. también p. ej. CARDOSO, José Luis: “El terremoto de Lisboa de 1755 y la política de regulación económica del Marqués de Pombal”, en *Historia y Política*, 16, (2006), pp. 209-236.

El acierto de sus decisiones evitó, entre otros efectos, la propagación de epidemias, mandando además recoger cosechas para tener con qué abastecer a unas poblaciones enfrentadas a un estado de calamidad sin precedente. Fiel a su mentalidad ilustrada, elaboró una exhaustiva encuesta para evaluar objetivamente la situación del reino y enfrentarse a la ardua tarea de la reconstrucción. Concluye esta parte con la descripción de los efectos del terremoto en España, donde también se recurrió a las encuestas, sobresaliendo la siniestralidad provocada por el posterior maremoto, en especial en Ayamonte (400 ahogados), La Redondela (276), Lepe (203), Huelva (66), Conil (24), San Fernando —entonces todavía Villa de la Real Isla de León— (22) y Cádiz (200)².

En la parte segunda del libro se aborda el debate de las ideas suscitado a raíz del terremoto, no sin antes advertirse del escaso conocimiento de estos fenómenos geológicos en la época, tributario aún de la física aristotélica. Ricardo Hurtado presenta la tesis de partida sobre la que descansa el optimismo racionalista: el paradigma de vivir en el mejor de los mundos posibles, postulación representada por Leibniz y Pope, quienes —en el fondo “a través de la fe, no de la razón” (p. 121) — exculpan a Dios de los males del mundo. Según Hurtado, es un “constructo teórico pleno de sentido pero que, al

2. Vid. CAL MARTÍNEZ, María Rosa: “La información en Madrid del terremoto de Lisboa de 1755”, en *Cuadernos dieciochistas*, 6, (2005), pp. 173-186. MARTÍNEZ SOLARES, José Manuel: “El Terremoto de Lisboa de 1 de noviembre de 1755”, en *Física de la Tierra*, vol. 29, (2017), pp. 47-60. RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando: “Documentos en el Archivo Histórico Nacional (Madrid) sobre el terremoto del 1 de noviembre de 1755”, en *Cuadernos dieciochistas*, 6, (2005), pp. 79-116.

ser contrastado empíricamente, muestra sus carencias” (p. 117). En 1755 esa tesis se resquebraja. No obstante, Dios será utilizado por las interpretaciones reaccionarias como las de Gabriel de Malagrida y John Wesley, quienes consideraron aquella tragedia como ejemplo del castigo divino frente a los que se habían atrevido a cuestionar a su máximo referente de la autoridad.

Como ejemplo de las respuestas naturalistas dadas en España, Hurtado propone las de Benito Jerónimo Feijoo y Antonio Jacobo del Barco. Feijoo se aleja tanto de Aristóteles como de los argumentos apocalípticos, atacando sin embargo el prejuicio humano de atreverse a controlarlo todo, pues el terremoto demuestra la imposibilidad de “intentar encasillar lo inesperado” (p. 136). Antonio Jacobo del Barco, por su parte, conocedor de la física cartesiana y newtoniana, admite sin embargo que hay aspectos que nunca podrán ser alcanzados por la ciencia, cuya arrogancia conduce al ateísmo. Sostiene que el terremoto tuvo una causa natural pero no casual: Dios aparece como causa última. Según Hurtado, se trata de un recorrido “desde la crítica y la racionalidad hasta la teodicea” similar a la mayoría de los autores españoles (p. 142)³.

Analiza a continuación a Kant, que evoluciona desde la aceptación de la teodicea leibniziana hasta desembocar en la

crítica: “Kant llega a la conclusión de la imposibilidad de realizar una demostración de la existencia y bondad infinitas de Dios” (p. 154). Admite finalmente que no hay lugar para teologías ni teodiceas que intenten racionalizar el mal o la situación de Dios en el mundo porque, igual que las nociones de finalidad y de mal son morales y propiamente humanas, “la noción de Dios es eminentemente moral y apenas puede fundamentarse en la experiencia y en la razón teórica” (p. 155).

Y llegamos a Voltaire, que partía de considerar según Hurtado que “la felicidad no está en la moral religiosa, ni en el amor y la servidumbre a Dios, sino en la despreocupación por lo trascendente y el mañana, en disfrutar el momento presente” (p. 159). *Carpe diem*. Veladamente, ya en *Zadig* (1748) Voltaire intuye la pleamar de las sombras, pero a raíz del terremoto publica el *Poema sobre el desastre de Lisboa o examen de este axioma: todo está bien* (diciembre de 1755), lo que desencadena su inflexión hacia el pesimismo existencial —escribe: “El optimismo es desesperante. Es una filosofía cruel bajo un nombre consolador” (pp. 166-167) —. Es la quiebra del optimismo de unas Luces afligidas en su anhelo por superar el pesimismo barroco. Para Hurtado “La filosofía optimista ha fracasado y la vida se muestra como un tránsito por la tierra lleno de sinsabores, tristeza y lamentos. La felicidad dura un instante, el dolor, una eternidad” (p. 169). *Ubi sunt*. En *Cándido* (1759) Hurtado contempla a un Voltaire resignado, puesto que ante “la imposibilidad de dar una respuesta válida a la existencia del mal en el mundo, sólo queda centrarse en el presente, en lo inmediato de la existencia, en trabajar para sobrevivir cada día e intentar no pensar en el más allá, no buscar un por qué de las cosas,

3. Para la situación en Huelva vid. también p. ej. ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE HUELVA: *Efectos del “Terremoto de Lisboa” en Huelva y Ayamonte. 2 de noviembre de 1755. Documento manuscrito. Año 1755*, Colección de documentos, signat. 03970/012. ROMERO BARRANCO, Violeta: “Un testimonio literario de las repercusiones del terremoto de 1755 en Huelva: el Romance del Terremoto”, en *Huelva en su Historia*, 11, (2004), pp. 175-186.

porque el mundo no tiene sentido, no hay explicación racional” (p. 173). Hurtado propone releer a Voltaire trasladando “el problema del mal desde la trascendencia y la teología hasta la inmanencia y la moral” (p. 179): el mal no es un problema de Dios, sino de la condición humana, cuyo horror supera al provocado por la naturaleza. Es el horror humano el que sacude hasta la ruina a la filosofía del optimismo, “una filosofía de la resignación social y política, un conformismo conservador” al servicio de la autoridad y el poder establecidos (p. 176). Queda, por suerte, un último consuelo, una esperanza —y una rebeldía— esencialmente volteriana frente a la inercia del horror: en vez del *ora et labora* propone el *ilústrate y progresa* (p. 175).

Rousseau responde al lamento trágico volteriano rechazando, sin caer en la trascendencia, su ataque a la divinidad. Rousseau plantea un término medio entre el optimismo de Pope y Leibniz y el pesimismo de Voltaire interpretando el seísmo a través de su crítica hacia el materialismo social de la humanidad, obsesionado con el mito de la inocencia primitiva del estado de naturaleza, frente a la connatural corrupción del proceso de civilización. Hurtado advierte del existencialismo que sin embargo subyace de la reflexión rousseauiana, reclamando el valor supremo de la vida (p. 199). Destaca cómo para Rousseau “la razón es limitada y no puede pretender abarcar algo tan inabarcable como la naturaleza y las causas primeras de las cosas” (p. 202). No obstante, en su crítica a Voltaire, tras los argumentos, Hurtado detecta una “mezcla de envidia, odio y resentimiento” (pp. 203, 206), un rencor que mira hacia atrás, anhelando un paraíso perdido en su caso no por el pecado, sino por el proceso de civilización.

En la tercera parte, Hurtado analiza las lecturas contemporáneas del fenómeno de la mano de Walter Benjamin, que analiza el terremoto de Lisboa desde una lectura “eminente propedéutica y objetiva” (p. 213); de Bertrand Russell, que “marca un punto de inflexión claro en el proceso de secularización y en la separación entre el mal físico y el mal moral” (p. 215); de Horkheimer y Adorno, quienes conectan la cuestión con el Holocausto para abordar el problema del mal, señalando que tanto la interpretación religiosa, como la secular del terremoto de Lisboa habían fracasado —la Ilustración recae en mitología, “una teodicea en toda regla” (pp. 218, 221)—; y, finalmente, de Werner Hamacher para quien la irrupción de lo irracional a causa del seísmo supone “la constatación del fracaso racionalista por intentar encorsetar lo real en categorías estáticas, ordenadas y regulares” (p. 225), revelando la paradoja del terremoto: el temblor es una metáfora de la inconsistencia, que “se instala en la naturaleza y en las conciencias humanas como un síntoma de la época”. De este modo, la razón se sitúa al borde del abismo afirmando la imposibilidad posmoderna de confiar en algo firme (p. 227).

En definitiva, Ricardo Hurtado nos ilustra de manera amena el giro que en el pensamiento ilustrado provoca el terremoto de Lisboa: cambió la mentalidad europea, aceleró el desarrollo de las ciencias de la naturaleza y el proceso de secularización, a la par que supuso la mayor contestación a la inocencia ilustrada acerca de la capacidad humana para controlar y racionalizar la realidad (pp. 25-26). Una catástrofe que el autor asimila en las Conclusiones al impacto provocado por el Holocausto, advirtiendo, sin embargo, que se trata de distintos paradigmas del mal: si el del te-

rremoto se debe a la naturaleza, el del Holocausto se debe al ser humano; el primero es inevitable, el segundo, no (p. 231).

Además de ilustrarnos sobre el seísmo geológico y filosófico que acontece en 1755, el libro de Ricardo Hurtado tiene la virtud de suscitar la curiosidad para ahondar en el conocimiento de aquel punto de inflexión que inaugura el otoño de unas Luces que empiezan a otear en lontananza los vértigos del vacío. El desasosiego de la existencia va calando en el espíritu de un siglo que se cubre de nocturnidades; y más allá del festivo ruido huidizo de los espantados, quedan las pinturas negras de la angustia para aquellos que están dispuestos a librar con audacia la titánica tarea de encararlas, con un puñado de certezas y oceánicas inseguridades, ya se presente disgregadora entre o lo uno o lo otro, ya sea asumida como compañera en el viaje de la vida, inevitable contraluz de la existencia. Incluso habrá momentos, en esta contienda sin fin, en los que se presentará transmutada en resignada melancolía al albur de una mar dueña de los destinos, pero ahora, y aquí está la clave, con la herida abierta de saber, o tal vez sentir, o quizás simplemente de intuir que caminamos sobre el latente rumor de la incertidumbre.